

7

# CARTA PASTORAL

DEL DOCTOR

D. Andres Gutierrez y Avila,

CANÓNIGO VICARIO CAPITULAR

Y

GOBERNADOR ECLESIASTICO DE LA DIOCESIS DE TENERIFE,

SEDE EPISCOPALI VACANTE

QUE DIRIGE

al Venerable Clero y fieles

DE LA MISMA DIOCESIS.



IMPRESA ISLEÑA. = Santa Cruz de Tenerife. - 1854.

# TABLE PASSE

1875

TABLE PASSE

TABLE PASSE

TABLE PASSE

TABLE PASSE

TABLE PASSE

TABLE PASSE

TABLE PASSE

TABLE PASSE

TABLE PASSE

TABLE PASSE

TABLE PASSE

TABLE PASSE

TABLE PASSE

TABLE PASSE

TABLE PASSE

# Nos D. Andres Gutierrez y Avila,

*Presbítero, Doctor en Sagrada Teología y Jurisprudencia, Abogado de los Tribunales del Reyno, Canónigo de la Santa Iglesia Catedral de esta Diócesis de Tenerife, Delegado Apostólico, Juez Examinador Sinodal, Vicario Capitular, Provisor, y Gobernador de esta misma Diócesis, Sede Episcopali-Vacante etc.*

## AL ILUSTRÍSIMO SEÑOR DEAN Y CABILDO,

VENERABLES ARCIPRESTES, CURAS PARROCOS Y DEMAS ECLESIÁSTICOS Y FIELES DE ESTA DIOCESIS, SALUD EN NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

**E**n medio de la decadencia general de las costumbres, ninguna arma más poderosa puede darse contra el torrente del siglo, que revestirnos del saludable escudo de la Religión de Nuestro Divino Salvador, agrupándonos alrededor de su altar santo para defenderle del enemigo común de nuestras almas y libertarle de sus terribles acechanzas. Reunidos todos así y formando un cuerpo perfectamente enlazado y compacto, el sacerdocio adquirirá el verdadero respeto y veneración que se le debe: la paz y verdadera fraternidad entre todos nosotros, será el más seguro antemural contra la im-

pi'edad; y huyendo despavorida la discordia, se verá resaltar la dignidad sacerdotal como el oro puro entre todos los metales. Las virtudes inherentes, por decirlo así, á nuestro estado, aparecerán mas hermosas y brillantes; y los Pueblos adorarán á Dios en nuestras acciones conforme á la máxima de nuestro Divino Maestro, *ut luceant opera vestra bona*. Porque aunque los cortos defectos de la humana fragilidad suelen algunas veces oscurecer nuestro brillo, por la maledicencia de hombres iníquos, que huyendo de la sombra de nuestro ministerio se empeñan en desacreditarnos para desacreditar á Dios, á quien temen; sin embargo, si nosotros siempre firmes en el propósito de seguir las huellas de Jesucristo, nos empeñamos en enmendar nuestros yerros, arreglar nuestra vida, y en dar á todos buen ejemplo; el triunfo de la Religion será infalible, la reforma de las costumbres seguras y el restablecimiento del orden indefectible. Entonces sí podemos asegurar, que Dios reinará, como dice el salmista, sobre las gentes, que su voz resonará desde su trono, y que todas las Naciones publicarán su gloria. (a)

Sin duda, amados hermanos en Jesucristo, que por esto dijo San Pablo escribiendo á los de Corinto, que hicieran todo con decencia y con orden; (b) porque no hay ni puede haber sociedad alguna entre los hombres, en la que mas resalte el bien y la San-

---

(a) Salmo 46, v.º 9.

(b) Ep. 1.ª Cap. 14 v.º 40 *Omnia autem honeste et secundum ordinem fiant.*

tividad, que en las asambleas de los cristianos, que divididos en porciones legítimas, en donde cada Párroco ejerce los nobles oficios de Gefe, de Padre espiritual y de Maestro, cada individuo permanece unido al numeroso conjunto de los demas, como los miembros á su cabeza, creciendo asi en todos la union, la paz y la felicidad, que segun el lenguaje de San Pablo empezamos aqui en la tierra, y la vamos á coronar en el Cielo.

Cuando nosotros amados cooperadores, seamos los que por nuestro instituto debemos ser, todo irá bien en las familias y en los Pueblos; por que ligada con su Párroco cada porcion del rebaño, que Dios ha puesto á sus cuidados, no habrá entre ellos sino un solo y unico interes, que es la salvacion de sus almas. Veremos entonces la obediencia á las leyes, el respeto debido á las autoridades legitimamente constituidas, la veneracion al sacerdocio y á la ancianidad, que ambas caminan juntas; la caridad que contiene en si el amor, que debemos al prójimo, y la beneficencia, que nos hace derramar nuestros dones en socorro temporal suyo; en una palabra, todas las virtudes aparecerán entre los cristianos; y la Iglesia de la tierra será una perfecta imagen de la del Cielo.

En efecto, nosotros caminamos siempre hácia la perfeccion, por que caminamos hácia la felicidad, á la que, considerada ya en todos en general, ó en cada uno en particular, no podemos llegar sino por la intima union que como miembros visibles del cuerpo místico de Je-

sucristo, guardemos con nuestra cabeza invisible, que está en los Cielos; union santa, union sagrada que colocandonos en el natural estado, para que Dios nos crió, producirá en nuestros corazones aquel verdadero sosiego, paz uniforme y constante holganza que San Agustin sapientísimamente llama tranquilidad de órden. Por que, amados hermanos, donde hay desórden, hay mala situacion, inquietud, esfuerzos para llegar á un estado mas perfecto. Nosotros tendemos pues, como dijo un sabio, á ponernos en nuestras relaciones naturales ó en aquella posicion en que Dios, formando nuestra constitucion y organizacion especial, nos colocó; y la prueba mas segura que tenemos, de haber llegado á tal situacion feliz, es la calma y profunda paz que disfrutemos en el sentido íntimo de nuestra conciencia. Asi la sagrada escritura que nos enseña las verdades mas elevadas, con las mas sencillas imágenes, para hacerlas inteligibles hasta de los entendimientos mas débiles, anunciando al Pueblo Judio una felicidad que llenaria sus deseos, le dice: *entonces cada uno se sentará á la sombra de su higuera y nadie alterará su reposo.* (c)

La unidad es la esencia del órden, por que el objeto del órden es unir; y la Sociedad misma, en su definicion general no es mas que la reunion de seres semejantes. Donde no hay unidad, precisamente ha de haber separacion, oposicion, combate, desórden y desgracias.

---

(c) Et sedebit vir subtus vitem suam, et subtus ficum suum, et non erit, qui deterreat. Mich. cap. 4 v. 4.

Luego, amados cooperadores en Jesucristo, el principal ejemplo que por nuestro instituto debemos dar al Pueblo es el de la paz y recíproca concordia. Dios es uno y quiere que todos sean os uno: quiere que la unidad perfecta que hay entre él y el hijo que engendra en la Eternidad, sea el modelo de la unidad que recomienda á todos los hombres. Por lo que San Gregorio Nacianseno sostiene que aquellos que aman la paz, y que tienen repugnancia á todo lo que puede alterarla, se aproximan á Dios y se le asimilan mucho. ¡O preciosa unidad!, dice ¡O tesoro admirable cuan caro eres de los que conocen tu valor! *Que no deben hacer los hombres para conservarte, y á cuanto no se esponen los que tienen la desgracia de perderte?* Perder, amados hermanos, la unidad, separarnos de nuestros hermanos por la discordia, es dejar de ser miembros del cuerpo que Jesucristo ha formado; y si no pertenecemos á Jesucristo, seremos enemigos de Cristo, como él mismo nos lo dice en su Evangelio, *el que no es conmigo es contra mi*, y pasaremos, ¡terrible desgracia!, á ser miembros del espíritu malo, bajo cuya tirania viviremos desgraciados.

Un edificio, dice San Juan Crisóstomo, es firme y sólido, cuando todas las piedras que le componen estan perfectamente unidas; pero si sucede que una piedra se separa de la otra, entonces hay mucho que temer; por que la mas pequeña separacion de una piedra dará lugar á otra mayor, y esta á otra, en términos que se seguirá su total ruina. Pues, hermanos, lo mismo sucede-

rá con las divisiones entre los hombres; ellas son perniciosas y de consecuencias mas fatales que las que nosotros podemos imaginarnos con el desplome de un edificio. ¿Y cuanto no debemos aborrecer la division, y trabajar por conservar la paz, sin la cual no puede haber bien alguno en la tierra, ni debemos esperararlo tampoco en los Cielos?

Otro ejemplo que debemos dar al Pueblo es el de la modestia; porque ninguna cosa puede hacernos mas amables que el pudor y la modestia, que debe aparecer en nuestras personas, especialmente cuando al traves de este pudor y modestia se deja ver un mérito especial, que nos recomienda y hace acreedores á la estimacion pública. Entonces es cuando de nosotros se dirá lo mismo que suele decirse de la hermosura, que cuanto mas modesta es, mas agrada y mas encanta.

Todo aquello que nos haga amar de los fieles nos hará al mismo tiempo dueños de sus entendimientos, para que nos crean las verdades que les proponemos; y es la razon de esto que aquel que se hace dueño de los corazones, lo es tambien del pensamiento; porque el corazón lleva en pos de si el espíritu. La soberbia, el orgullo, la fiereza y la altanería desagradan, sublevan los ánimos y los indisponen contra nosotros, pues naturalmente se aborrece el orgullo y al orgulloso, y no es fácil dejarse llevar de una persona, á quien no se ama.

Seamos siempre graves en nuestras acciones, siempre magestuosos, para que seamos siempre grandes se-



gun nuestro ministerio; seamos siempre modestos en nuestro semblante, en nuestros gestos, en todos nuestros movimientos, de manera que nada aparezca desarreglado, nada desconcertado en nosotros, y no se trasluzca por el desarreglo del cuerpo la inmodestia del alma.

Porque, desengañémonos, el pudor y la modestia son las compañeras y las guardas de la castidad, de esta preciosa virtud, que vista en nosotros que somos de carne, es mas admirable que en los ángeles, que son todos espíritus. En esta vida mortal el alma se siente naturalmente de la debilidad y de la corrupcion del cuerpo; pero por medio de la pureza virginal, el cuerpo participa de la nobleza del alma, mudando, por decirlo asi, la naturaleza, y gozando de las ventajas de los espíritus: nuestros cuerpos aunque corrompidos se hacen semejantes á aquellos con que los ángeles bajaron en otro tiempo á la tierra, ó mejor diremos á los cuerpos bienaventurados, que segun el Apóstol resucitarán espirituales. Asi la virginidad, segun el pensamiento de un santo, es una imágen de la resurreccion futura; y en esta vida celestial es donde las vírgenes serán revestidas entre todas las almas santas con coronas especiales. ¡Cuanto debemos respetar nuestros cuerpos que Jesucristo ha destinado no solo para que seamos el templo suyo, sino para que seamos á él semejantes! El mejor medio de participar de su gloria en los Cielos, es asemejarnos á él en su pureza acá en la tierra. Temblemos al oir estas palabras del Apóstol: *si alguno des-*

*truye el templo de Dios, Dios le destruirá:* pues nosotros somos este templo á donde Dios baja todos los dias en el santo sacrificio, somos los sacerdotes y él es la víctima; la que cuanto mas sea manchada por nosotros, tanto mas reos serémos de lesa Magestad divina.

Seamos puros, amados cooperadores, y nos veremos libres de todas las pasiones que degradan y envilecen nuestro ministerio. La santidad será entonces nuestra divisa, el olor de nuestras buenas obras cundirá por todas partes, y la caridad cristiana resaltará en nosotros, como la luz en medio de las tinieblas, ejercitandola en el socorro del indigente, á quien Dios ha puesto á nuestros cuidados y bajo nuestra pastoral proteccion: *tibi relictus est pauper; orphano tu eris adjutor* (salmo 9.)

Jesucristo nuestro Divino Redentor, nos dá un excelente ejemplo de abrir nuestras entrañas de compasion á los pobres en el milagro de la multiplicacion de los panes; enseñandonos con su admirable conducta á que tengamos buena vida y justas economías, y nada nos faltará para llenar un deber tan sagrado, que él mismo nos ha impuesto, y sin cuyo cumplimiento en vano nos empeñamos en trabajar para ganar el Cielo, que Dios niega al que cierra su mano al pobre: *si alguno tuviere los bienes de este mundo, y viendo á su hermano con necesidad le cerrase su corazon y sus entrañas, ¿como el amor de Dios permanecerá en él?* (d)

---

(d) Quid habuerit substantiam hujus mundi et viderit fratrem

¿Pero de que nos valdrán todas estas virtudes, amados hermanos, sino van fundadas en el amor de Dios base y fundamento de todas ellas, y en su santo temor, que como dice el espíritu divino es el principio de la sabiduría? (e). Que es lo mismo que en otros términos nos dice por el libro del Eclesiástico; *teme á Dios y guarda sus mandamientos porque esto es todo el hombre* (e).

Porque desengañémonos que toda la ciencia de los hombres no es mas que una orgullosa é impotente curiosidad, que multiplica sus dudas y sus errores, y que la sabiduría de ellos guiada por las pasiones no puede arreglar sus costumbres, sin que primero presten á Dios por la fé el debido homenaje. Por consiguiente, sobre la tierra ninguna cosa debe haber para nosotros mas santa, mas digna de nuestra veneracion y de nuestro zelo, que la Religion del verdadero Dios, enseñada por Dios mismo, como el único que puede abatir el orgullo de los hombres, fijar sus verdaderos deberes y darles una exacta idea de su Divinidad.

Bien penetrados de esta fé probada por una infinidad de profecias todas cumplidas, victoriosa por su sencillez de la sutileza de los Griegos, y de la sabiduría de los Romanos, establecida por solo la fuerza de la verdad, aumentada por las persecuciones, afianzada por

---

suum necessitatem habuerit et ea userit vicera sua, quomodo caritas Dei manet in eo. S. Joan. Cap. 1.º v. 3.

(e) Eccl. Cap. 1.º v. 16. (f.) Deum timet et mandata ejus servat. Ecclesiastes Cap. 12 v. 13.

el testimonio admirable de los mártires, sostenida de innumerables milagros, venerable por su antigüedad, por la santidad de sus máximas y por la sabiduría y magestad de su Legislador, nosotros debemos con ella confundir á los malévolos prodigándoles nuestros beneficios, llorar las desgracias de los impios y de los hereges, afligirnos con los pecadores cuando caen, y regocijarnos con ellos cuando triunfan del pecado por la gracia: llenarnos como Moises de un furor santo y de un zelo bien entendido contra los profanadores de la casa de Dios; estar prontos á volar como los Apóstoles á las Naciones infieles para comunicarles la luz del Evangelio, y disponernos á morir como los mártires si fuera preciso, para dar testimonio á la verdad.

Sigamos, pues, á Dios en todos los pasos de nuestro sagrado ministerio, defendiendo siempre su causa, y nunca sosteniendo nuestros caprichos, ni nuestras pasiones; y los Pueblos nos respetarán, admirarán y amarán viendo en nosotros tan cimentadas las virtudes sacerdotales que no debemos olvidar se encaminan principalmente á sostener el Culto Divino, á mantener ilesa la fé, á reformar las costumbres y hacer que haya verdadera paz y amor entre todos los hombres sin distincion de clases ni de personas: cuidando siempre de que vaya en aumento y no en disminucion la Religion, y que se dé á Dios la verdadera gloria, que le es debida. No olvidandonos á un mismo tiempo que somos ministros de su venganza para castigar á los pecadores, y de su bondad para reconciliar-

los con él, ya ofreciendole el sacrificio incruento de nuestros altares, ya declarando al vicio una especie de guerra, en la que debemos entrar con gusto; porque las armas con que en ella se pelea son espirituales, las heridas serán siempre saludables, y el vencedor y el vencido quedarán igualmente victoriosos.

Obligados estamos á velar por nuestra Santa Religion, no solo porque la Iglesia y el Estado la han puesto bajo nuestra vigilancia y custodia, sino tambien porque ella sola, y nadie mas, nos ilumina en el camino de nuestra salvacion, y nos inspira con su sabia moral la pureza de nuestras costumbres. Y por tanto, justo es que nos enardecamos en defenderla, seguros de que haciendolo asi pagaremos el justo tributo que como Sacerdotes y como cristianos debemos á la justicia y á la verdad, dando en esto al propio tiempo muestras nada equívocas de nuestra superioridad en luces y en virtudes á los mismos Paganos, que tanto se sacrificaban por sostener los errores y falsas máximas de su extravagante culto.

Animados del zelo de la Religion nosotros sentiremos un extraordinario placer en el cumplimiento de nuestros deberes, aunque sean los mas difíciles, un grande consuelo y alivio en nuestros males, que entonces se convertirán en verdaderos bienes; tendremos por meritorio vencer nuestra naturaleza corrompida, y miraremos nuestras desgracias é infortunios como otros tantos medios de espiar nuestras culpas, y de conseguir la eterna felicidad, que entrañablemente os de-

seamos en el Señor. AMEN.

Dado en la Ciudad de San Cristobal de la Laguna  
Capital del Obispado de Tenerife á 8 de Julio de 1854.

*Doctor D. Andres Gutierrez.*

Por mandado de su Sria. el Sr. Vicario Capitulat Gober  
nador Eclesiastico de este Obispado Sede Vacante.

*Licenciado D. Juan Reyes y Padilla.*

SECRETARIO.